

El aumento de precios de los alimentos en Argentina



*Rolando García Bernardo**

Resumen

El objetivo de este artículo es argumentar que el aumento de los precios de los alimentos en Argentina está asociado a la reestructuración productiva en el agro argentino, que implica un sesgo exportador de la producción agroalimentaria nacional y una creciente presión importadora para cubrir la demanda interna de alimentos. Esta situación aparentemente contradictoria conduce a que los bienes alimentarios que componen una buena parte del gasto salarial de los trabajadores y trabajadoras del país deban ser adquiridos por mediación directa del mercado mundial, es decir que los productos son crecientemente importados o comercializados en el mercado interno a precios internacionales. Para reducir el impacto de la internacionalización del mercado de alimentos locales, Argentina debe tomar medidas que promuevan la producción nacional y desacoplen los precios locales respecto de los internacionales.

Palabras clave

bienes alimentarios - precios - inflación

* Docente del Departamento de Economía, Producción e Innovación Tecnológica (DEPIT), UNPAZ e investigador del Instituto de Estudios para el Desarrollo Productivo y la Innovación (IDEPI), UNPAZ.

Introducción

Argentina tiene la reputación internacional de ser un país productor de alimentos. Razones actuales e históricas sustentan esta visión. En 2020 las exportaciones del sector sojero, cereales y carnes alcanzaron al 50% del total de las exportaciones nacionales (INDEC, 2022). Es más, para todo el período 2000-2020, las exportaciones de productos primarios (23%) y de manufacturas de origen agropecuario (35%) explicaron el 58% de las exportaciones, mientras que las manufacturas de origen industrial alcanzaron solo el 32%. El resto de las exportaciones fueron combustibles y energía (10%) (CEP XXI, 2021). El perfil primario y manufacturero primario del país ha sido característico a lo largo de su historia. Siguiendo los datos que ofrece Scheingart (2016) podemos observar que en 1962 el 79,9% de las exportaciones nacionales eran de productos primarios, mientras que un 18,3% eran manufacturas intensivas en recursos naturales (aceites vegetales, carnes procesadas, extractos tintóreos, manteca, cueros y otros). Luego de más de doce años de “desarrollismo” autoritario, los productos primarios explicaban aún el 54,4% de las exportaciones y las manufacturas intensivas en recursos naturales, 24,3%. De manera similar, Belloni y Wainer (2019) identifican que para 2015 las exportaciones de “baja tecnología” explicaron el 50,7% del valor exportado y, dentro de ellas, el 45,4% correspondió al rubro “alimentos y bebidas”. En definitiva, la evidencia empírica revalida lo que los teóricos de la estructura productiva desequilibrada habían planteado desde la década de los sesenta: el período de mayor intensidad en el desarrollo manufacturero del país no logró cambiar el perfil exportador del país asentado sobre bienes primarios que proporcionaban las divisas para solventar una industria manufacturera orientada al mercado interno y los mercados regionales.

Creemos que el hecho de que el perfil exportador del país esté asociado a un conjunto de productos primarios ha conducido sistemáticamente a una confusión respecto de la realidad productiva cuando se trata de los alimentos. Se cree que Argentina es un gran exportador de alimentos en general, cuando en realidad lo que la caracteriza es la especialización en un conjunto reducido a *commodities* agroindustriales, especialmente la soja y el maíz. Tal vez el hecho de que el desarrollo histórico agrícola haya generado regiones productivas especializadas en determinados tipos de alimentos ha colaborado con esta imagen. La situación actual, sin embargo, es la de un mundo donde la liberalización del comercio internacional de alimentos bate records año a año, la competencia mundial por proveer mercados foráneos es creciente. Y así como este fenómeno incrementa la competencia regional y mundial, también la industria procesadora de alimentos amenaza crecientemente con bienes suplementarios a los productos frescos sin procesamiento.

En este artículo proponemos analizar los recientes aumentos de precio entre los alimentos a la luz de algunos cambios mundiales y nacionales que afectan al sistema agroalimentario argentino. Para eso proponemos avanzar en cuatro secciones. En la primera ofrecemos una caracterización de los recientes aumentos de precios de los alimentos y *commodities* agrícolas en el mercado internacional. Sobre esta base avanzamos en una segunda sección donde ponemos en evidencia el vínculo entre estos aumentos internacionales y los aumentos en los precios locales. Aquí planteamos que existen dos vasos conductores principales entre precios mundiales y precios internos, a saber, la importación directa

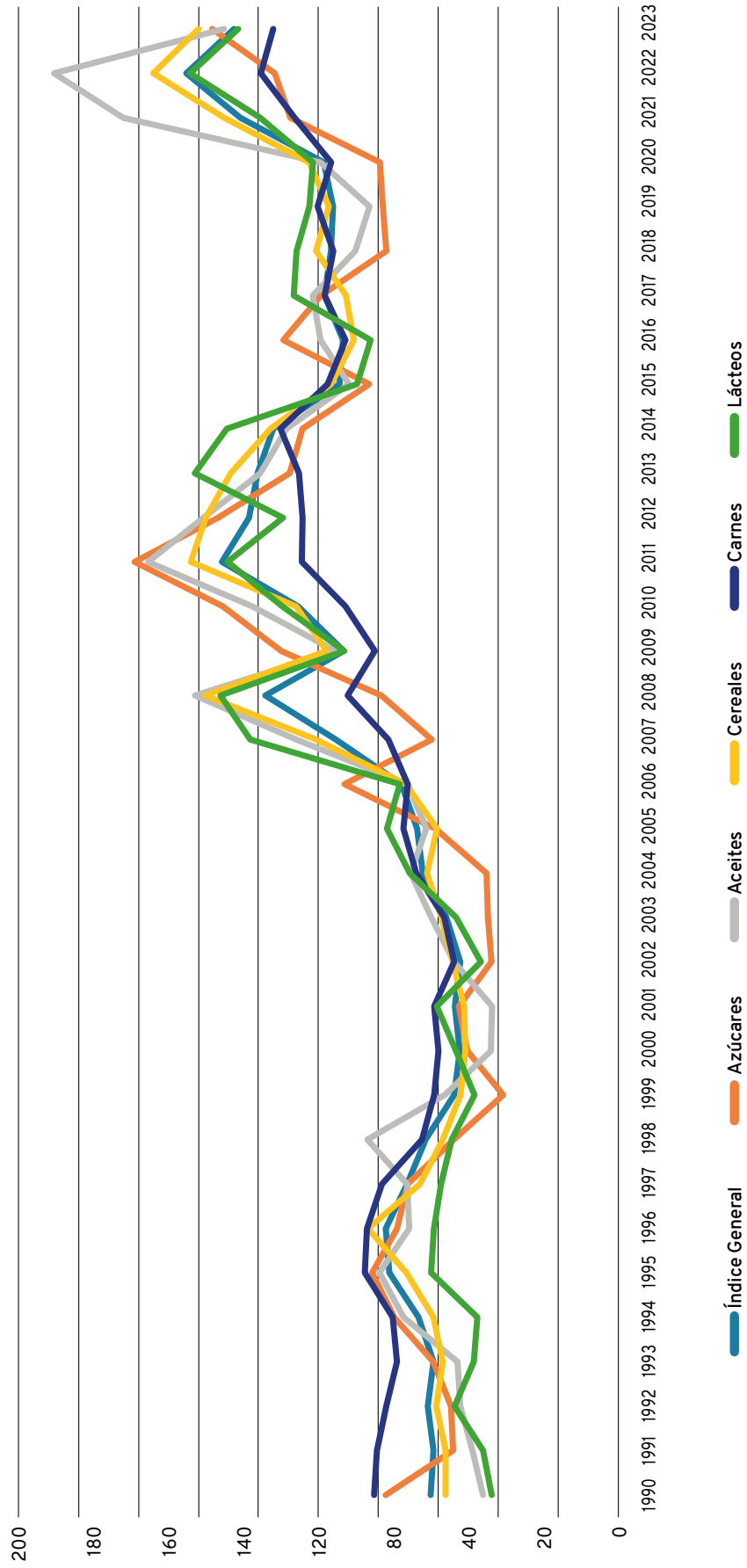
de alimentos provenientes de otros países de la región y del mundo y el efecto directo de los precios internacionales en el mercado local cuando no existen regulaciones que limiten el acople entre ambos. Desarrollamos un último párrafo con recomendaciones de políticas que podrían morigerar el impacto de la internacionalización del mercado agroalimentario en el costo de vida de los trabajadores y trabajadoras de Argentina.

El aumento de los precios de los alimentos y commodities agrícolas en el mercado mundial

Para comprender los aumentos de precio local es necesario observar la dinámica del mercado mundial. Es importante, sin embargo, no caer en la ilusión de un mercado global absolutizante, que determina la dinámica interna de cada sistema agroalimentario local. Los principales alimentos a nivel global, que explican alrededor del 70% de las calorías ingeridas por los seres humanos a diario, son solo tres cereales: maíz, trigo y arroz. De este último, apenas el 10% de lo que se consume en un año se comercializa en el mercado mundial. Sin embargo, los efectos en las alzas de precio a nivel global suelen tener grandes impactos en los mercados locales, no solo porque generan grandes disrupciones macroeconómicas en países que pueden afrontarlos, sino porque generan hambrunas, crisis políticas y profundas “tragedias” humanas en los países más atrasados del mundo. Y, conforme la humanidad se desruraliza,¹ el comercio mundial de alimentos se liberaliza, la volatilidad de precios ha sido creciente, tanto medida en regularidad de los eventos disruptivos como en la velocidad en la que se producen los picos de aumento.

¹ La población urbana superó a la rural recién en el año 2007.

Gráfico 1. IPF y aumento de precios según segmentos (100 = 2014-2016).



Fuente: elaboración propia en base a FAO.

En el gráfico 1 podemos ver la tendencia general a aumento entre todos los segmentos de alimentos seguidos por FAO: azúcares, aceites, cereales, carnes y lácteos. Son visibles al menos tres fenómenos: el pico de precios durante el lapso 2008-2012, una repetición de picos en 2019-2022 y la tendencia general a sostener precios por sobre las décadas previas desde 2000.

En un trabajo previo recuperamos la discusión respecto de las determinaciones detrás de los aumentos de precio en la plaza mundial y en las recientes décadas. A continuación, ofrecemos una síntesis de nuestro planteo allí, que nos servirá para enmarcar el problema argentino.

En un esfuerzo de esquematicidad, podemos ordenar los factores afectando a los precios internacionales de los alimentos según el tiempo durante el cual inciden, establecido por el período en que podemos identificar que comienza hasta su fin alcanzado o potencial. En caso de fenómenos coyunturales, cuyo inicio y fin se circunscribe a un plazo menor al de cinco años, estaremos frente a fenómenos de corto plazo, mientras que aquellos afectando a la economía internacional durante un período mayor de tiempo, los consideraremos de mediano plazo.

Fuera de este esquema elemental, quedarán aquellos determinantes que afectan de manera fundamental los precios de las mercancías agrarias, como de las mercancías en general. Estos factores de largo plazo emergen de la dinámica propia de las relaciones sociales de producción. A nuestro modo de ver, son los que explican una baja paulatina y regular de los precios de las mercancías agrarias. Dada la extensión que requiere la argumentación, aquí meramente los enunciaremos, mientras que buscamos concentrarnos en los demás. Por un lado, un fenómeno general emerge de la capacidad de revolucionar la productividad del trabajo propia de las relaciones de producción capitalista, asociada –en parte y no de forma absoluta– a la competencia. El mecanismo de búsqueda de ganancias extraordinarias, asociado a la competencia capitalista, impulsa el cambio tecnológico y la innovación, lo que redundará en incrementos de la productividad del trabajo, tanto graduales como en saltos. Los aumentos de la productividad del trabajo a la vez redundan en un abaratamiento de las mercancías en general. Este es el extremo más abstracto y general de las determinaciones que rigen también la producción de alimentos, cuya tendencia secular es a la abaratación. Esta productividad creciente del trabajo elaborador de mercancías agrarias tiene múltiples expresiones, una importante está asociada a los incrementos de productividad por hectárea agrícola. Otro, al aumento de la capacidad de industrializar alimentos, aumentando la relevancia de los componentes inorgánicos de la industria, mejorando las tecnologías de preservación y ampliando las redes de distribución de la industria alimentaria, entre otros.

Estos factores generales afectan a la baja el precio de las mercancías agrícolas. Recuperarlos pone en evidencia la llamativa confusión presente en la literatura sobre precios internacionales de los alimentos que, concentrada en causas de corto y mediano plazo, tiende a obviar el fenómeno secular. Los alimentos han bajado sustancialmente de precio a lo largo de todo el siglo XX y hasta la actualidad (García Bernado, 2022). Sin embargo, esto no debe confundirse con que el alimento esté crecientemente garantizado para la totalidad de la población mundial. Existe evidencia incluso de que estamos hoy más lejos de este panorama que hace veinte años atrás (Wang y Dai, 2021), para usar el término estrella de la conversación, el mundo tiene menos “seguridad alimentaria”.

Hay que recordar que la mercantilización de nuestras relaciones alimentarias se da bajo fondo de la desvinculación de ingentes masas de la población mundial respecto de la producción directa, lo que, de alguna manera, garantizaba una provisión disociada de las relaciones mercantiles. La mediación de los precios implica la eventual incapacidad de abastecerse de los alimentos básicos por una parte de la población que simplemente ya no los produce y, por las razones que discutiremos, crecientemente no puede pagarlos.

Figura 1. Factores afectando a los precios de los alimentos en el mediano y corto plazo.

Factores de mediano plazo	Factores de corto plazo
Crecimiento económico mundial/ enlentecimiento de la productividad agrícola Disminución de stocks mundiales Aumento de precio de los hidrocarburos Aumento de la producción de biocombustibles	Eventos climáticos extremos recurrentes Guerra Ruso-Ucraniana Pandemia COVID-19

Fuente: elaboración propia.

Respecto de los factores afectando los precios al alza, identificamos una serie de motivos de mediano plazo. Primeramente, en un mundo donde el crecimiento económico ha sido considerable para las últimas tres décadas, la productividad del trabajo agrícola no lo ha acompañado. Esto implica que, medido en per cápita, la capacidad de producir alimentos se encuentra estancada o en vías de desaceleración para las últimas décadas. Luego del gran boom que significó la revolución verde en los años sesenta y a pesar de un incremento paulatino en el uso de fertilizantes industriales, la capacidad de producir alimentos no se ha alterado sustancialmente. Esto pone una presión extra sobre el mercado de alimentos, que ha sido objeto apropiado por las empresas fabricantes de agroquímicos y biotecnología en alimentos, que hacen bandera con la idea de que serán sus tecnologías las que proporcionen la llave para destrabar una situación malthusiana.²

En este plano también se ubica la baja paulatina de los stocks nacionales de alimentos. Aquí se combinan dos grandes razones. Por un lado, la liberalización del sistema agroalimentario a nivel internacional condujo a una baja paulatina de stocks entre los mismos agricultores que podrían optar por retener la cosecha. En los países en donde el Estado no regula directamente el stock de granos, las posibilidades de que se conformen stocks “naturales” por decisión de un conjunto disperso y significativo de agricultores son bajas y coyunturales, es decir, asociadas a circunstancias donde los agricultores esperan que los precios suban para vender. Dada que las presiones sobre los agricultores que conlleva la liberalización son crecientes, también la necesidad de desprenderse del producto para cubrir deudas y poder seguir produciendo.

² Thomas Robert Malthus (1766-1834) fue un clérigo anglicano y economista que postuló la tesis de que el crecimiento demográfico geométrico llevaría a una creciente faltante de alimentos, generando conflictos de escasez.

Por otra parte, entre los países con planificación centralizada, economías socialistas o mixtas los stocks han estado en franco retroceso desde los años noventa. Aunque ciertamente tienden a tener un control mayor sobre lo que sucede con los granos que son propiedad de las entidades gubernamentales, empresas comercializadoras de granos y los propios agricultores, la nueva etapa capitalista internacional ha empujado un relajamiento en la política de control de stocks. Puntualmente, China disminuyó paulatinamente los stocks disponibles de arroz, que se estimaba en 50% cosecha hacia el año 2000, hacia menos del 10% en 2019, previo a la explosión de la pandemia y de la guerra ruso-ucraniana (Anderson, 2010).

Otros dos factores afectando al alza los precios de los alimentos en la plaza mundial están vinculados al incremento general de los commodities en general que, como ha sido discutido hasta el hartazgo, se asocia a su vez al incremento en los costos de energías y combustibles. Los canales comunicadores entre los aumentos entre los hidrocarburos y los alimentos son múltiples: por un lado, la producción agraria quimicalizada es dependiente de insumos que son subproductos de la industria de los hidrocarburos (en el caso de los fertilizantes) y de la industria química. Además, las distancias de traslado de los alimentos se han ido incrementando con el correr de las décadas, y el componente asociado a los traslados tiene un efecto en el costo final de los productos.

Otros dos fenómenos están asociados a la compleja situación que atraviesa el paradigma energético a nivel global. El primero tiene que ver con el alza en la producción de biocombustibles, que ha sido identificada una y otra vez como contraproducente en lo que respecta tanto al ahorro energético (puesto que la producción de los agroinsumos es dependiente de hidrocarburos) como en lo que hace al impacto en los precios (porque los biocombustibles “compiten” por la tierra para sus propios cultivos y disminuyen la disponibilidad total de tierra arable para alimentos). El hecho de que el vínculo entre aumento de precios de alimentos y aumento de la producción de biocombustibles ha sido planteado y sustentado desde muchas perspectivas, con distintas metodologías, no obstante, esto no ha redundado en un cambio de política significativo respecto de los subsidios a esta forma de producción de energía de base vegetal.

El otro aspecto asociado al daño generado por el paradigma energético global afecta en el corto plazo, más que en el largo, en tanto se trata del incremento de la frecuencia con la que se producen en el mundo de hoy eventos climáticos extremos que perjudican las cosechas en todo el planeta, ya sea relativa o absolutamente. El cambio climático aumenta el riesgo alimentario en el planeta, lo que repercute en mayor volatilidad en los precios y picos de aumento más extremos. Si bien el cambio climático es en sí un factor de mediano plazo y largo plazo, los distintos eventos aislados, al menos cuando se trata de eventos climáticos, tienden a tener un efecto de menos de dos años. Por ejemplo, en 2019 las cosechas australianas fueron afectadas gravemente por incendios catastróficos que llegaron a las portadas de todos los diarios del mundo. Ese mismo año, el medio-oeste estadounidense sufrió una inundación histórica; un ciclón arrasó la cosecha de Mozambique, Zimbabue y Malawi; India sufrió un cambio abrupto en sus patrones de lluvia que generó inundaciones y sequías por igual en todo el territorio (Argentina vivió algo similar en 2017) y Europa enfrentó una ola de calor con máximos históricos para el siglo XX, afectando los rendimientos de cereales típicos como el trigo, el maíz y la cebada. En la mayoría de los casos, valores normales de producción fueron alcanzados nuevamente luego de dos o tres años.

Esto, por supuesto, sin considerar los daños irreparables que cierto tipo de agricultura intensiva en agroquímicos y biotecnología, la desertificación y erosión de los suelos y otros fenómenos asociados al cambio climático están teniendo en el largo plazo.

Más recientemente, dos fenómenos históricos de envergadura han afectado la dinámica de precios, generando rupturas en el espacio mundial de producción y circulación de mercancías, cuellos de botella, escases de productos, compras preventivas de urgencia, y un listado interminable de complicaciones que trajeron imprevisibilidad y desorden en el sistema agroalimentario mundial: la pandemia COVID-19 y la guerra ruso-ucraniana, cuyos efectos inflacionarios fueron transversales a todo el sistema económico.

El vínculo entre estos aumentos internacionales y los aumentos en los precios locales

El aumento de precios en Argentina no es un fenómeno particular de las últimas décadas; sin embargo, el proceso se ha agudizado particularmente durante la etapa kirchnerista y postkirchnerista, llegando al extremo actual con inflación general. Para tener referencia, en mayo de 2018 la inflación interanual fue 26,3%; 2019, 57,3%; 2020, 43,4%; 2021, 48,8%; 2022, 60,7%; y hasta en 2023 el registro para el mismo mes fue 114,2%.

Tabla 1. Inflación interanual a mayo de cada año.

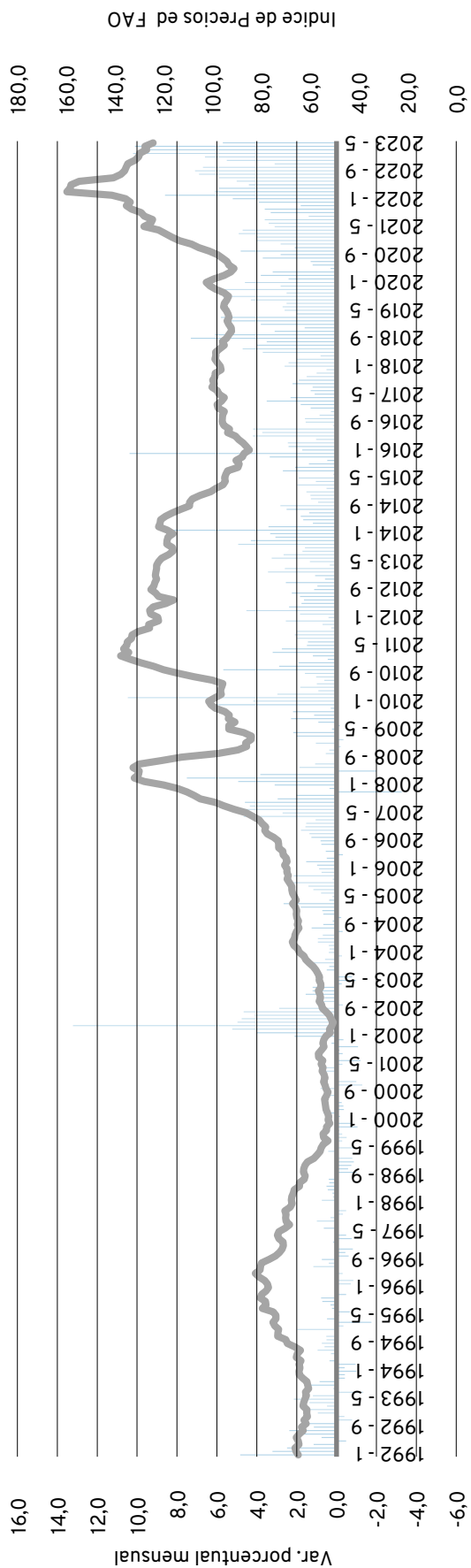
	Nivel general
May-18	26,3
May-19	57,3
May-20	43,4
May-21	48,8
May-22	60,7
May-23	114,2

Fuente: elaboración propia en base a IPC-INDEC.

Aunque la explicación del fenómeno general escapa el espectro de este artículo, queremos plantear que es evidente que el fenómeno no es sencillo de explicar ni cuenta con una causa única y evidente. La inflación argentina, probablemente, esté más asociada a la dinámica general del conflicto social en el país que a cualquier explicación ofrecida por las grandes teorías económicas.

Respecto de la inflación en alimentos y por fuera del fenómeno general identificamos al menos dos vasos conductores principales: la importación directa de alimentos provenientes de otros países de la región y del mundo y el efecto directo de los precios internacionales en el mercado local cuando no existen regulaciones que lo impidan o limiten.

Gráfico 2. FPI y variación porcentual mensual del IPC de alimentos.



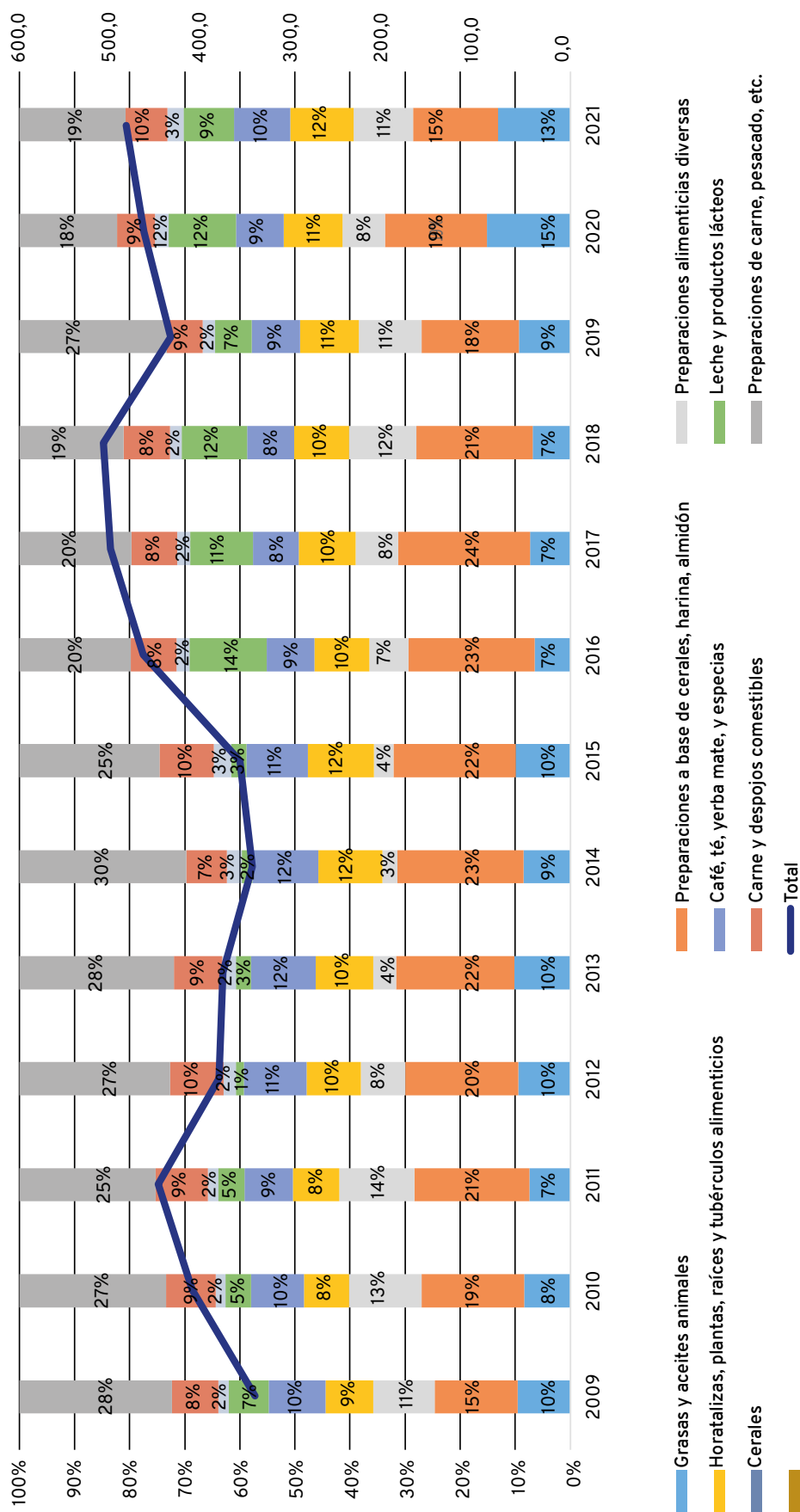
Fuente: elaboración propia en base a FAO e IPC-INDEC.

En el gráfico 2 podemos ver simultáneamente la dinámica general de los precios de los alimentos en el mercado mundial y en el mercado local. La línea del eje X expresa el Índice de Precios de Alimentos que computa la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (más conocida como FAO por sus siglas en inglés). Las barras en azul son las variaciones porcentuales mensuales del IPC de alimentos para todo el período según las calcula el INDEC. Aquí notamos un hecho interesante. Al inicio de la década de los 2000 se observa una abrupta variación en los precios de los alimentos que corresponde la devaluación de dicho año y que resulta independiente del fenómeno global. De hecho, es el momento en el que el FPI se encuentra más bajo en toda la serie. De 2004 en adelante podemos notar un aumento paulatino y regular de los precios, que da cuenta del fenómeno global que ya discutimos previamente. Desde entonces, las variaciones de precios locales parecen crecientemente sensibles a los aumentos, puntualmente en los picos globales de 2007-08, 2021-2022 la tendencia local parece seguir muy de cerca el fenómeno global. Argentina aparece acoplada al fenómeno mundial.

El cuadro de situación parece ser el de un país que se encuentra crecientemente permeable a los movimientos internacionales de precios. Como discutimos previamente, no es un hecho evidente que el aumento internacional de los precios de los alimentos redunde en el incremento local. De hecho, existe una gran cantidad de casos en el que, por múltiples motivos que van desde que se subsidia directamente a los agricultores hasta que se regula contra el ingreso de un conjunto de alimentos, bloqueando su acceso, hasta políticas de masivas compras subsidiadas, fondos fiduciarios para proteger consumidores, etc., los precios locales y los precios internacionales no se siguen de cerca en todos los casos.

Por lo tanto, lo que vemos en la mecánica de precios expresa otro fenómeno propio de la economía argentina, que denominamos “simplificación en la reprimarización”. Queremos aludir a la dinámica según la cual el país se vuelca crecientemente a producir un conjunto reducido de alimentos con fines de exportación y sustituye la producción local de aquellos en los que compite con cierta desventaja, importándolos. Esto tiene el efecto de acoplar los precios locales con los precios internacionales, unificando los espacios de valorización. Considerando que la mayoría de los productos alimenticios que se exportan desde el país no tienen ninguna tasa, el efecto de acople proviene de que los productos demandados localmente compiten con los precios ofrecidos en el mercado internacional y que los productos importados directamente lo portan de forma plena.

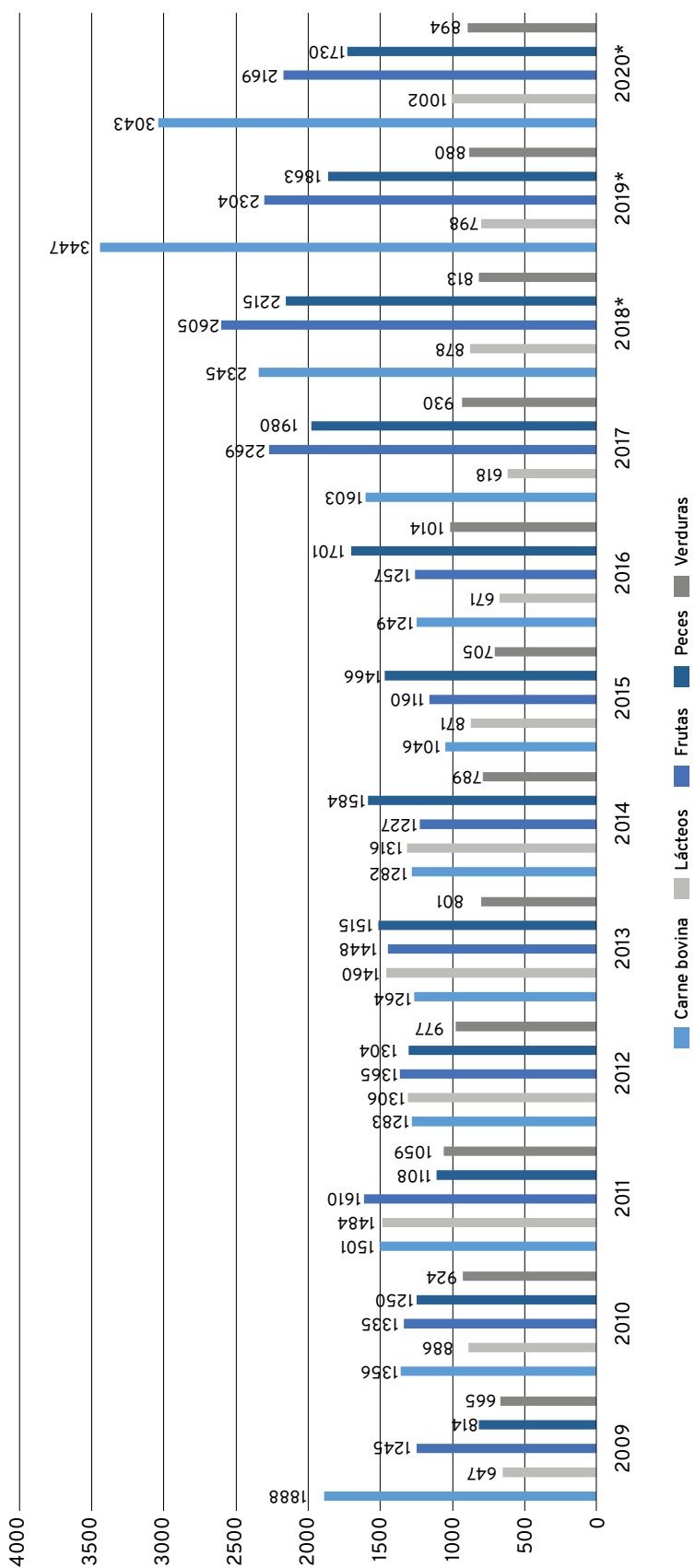
Gráfico 3. Importaciones de alimentos (kg % total de los segmentos agrupados).



Fuente: elaboración propia en base a Secretaría de Comercio Exterior – INDEC.

En el gráfico 3 podemos ver la tendencia entre importaciones de productos alimentarios desde el año 2009. La estimación se encuentra en kilogramos. Es importante detenerse en la composición de estos segmentos y dejar por fuera algunos que serían calificados como importaciones alimentarias si tomáramos agregados mayores, porque no todos los elementos clasificados como alimentos en las importaciones y exportaciones del país son realmente componentes de la canasta alimentaria. En el gráfico nos detenemos en los que sí, con un nivel de agregación siguiendo los capítulos de la Nomenclatura Común del MERCOSUR que contienen a grandes rasgos alimentos de consumo local: café, té y especias; leche y productos lácteos; preparaciones a base de cereales, harinas y almidón; preparaciones alimenticias diversas; hortalizas, plantas, raíces y tubérculos alimenticios; cereales; grasas y aceites animales; carnes y preparaciones de carnes. Esto cubre la enorme mayoría de los comestibles que se importan en el país. Lo que observamos es un aumento paulatino de la cantidad de kg de alimentos importados para toda la serie 2009-2021. Esto podría ser un producto del crecimiento del PBI durante el período, pero la tendencia se mantuvo durante los años de estancamiento (2012-2022). El incremento en los extremos de la serie es de 140 millones de kg de alimento y los segmentos principales son preparaciones de carne y pescado, cereales y preparaciones de cereales, grasas y aceites animales, hortalizas, café y productos lácteos.

Gráfico 4. Exportaciones anuales (mill. USD) de alimentos por segmento.

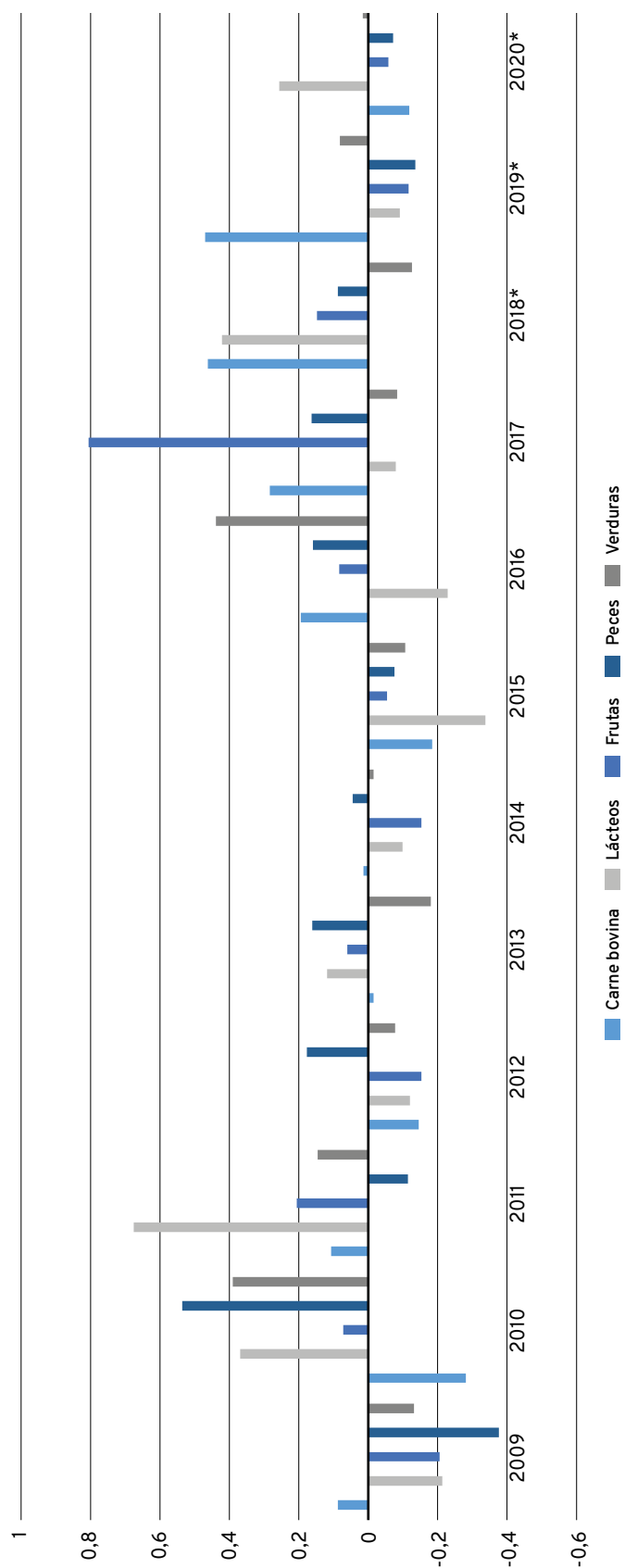


Fuente: elaboración propia en base a Complejos exportadores (INDEC, 2022).

El movimiento de crecientes importaciones de alimentos no implica que se haya exportado menos. Como expresa el gráfico 4, las exportaciones argentinas durante el período 2009-2020 entre segmentos alimenticios aumentaron significativamente en carnes, frutas y pesca. En sintonía con los incrementos en la importación de lácteos, las exportaciones de ese sector disminuyeron y las exportaciones de verduras se mantuvieron estables. Si bien por la forma de reportar de la fuente estamos lidiando con precios, lo que agrega una distorsión al análisis, es notorio el avance de las exportaciones en segmentos alimenticios que son parte de la canasta alimentaria local. Expresa la relevancia que las exportaciones de alimentos tuvieron en un período donde las importaciones también se incrementaron. Es de asumirse que se trata de distintos tipos de productos alimentarios en cada caso.

En el gráfico 5 podemos ver la variación porcentual interanual, la persistencia de las barras positivas sobre el eje x año tras año refuerza la idea de que en la última década crecieron de forma regular las exportaciones de este tipo de productos. No se trata, pues, de un fenómeno coyuntural, sino del resultado de un sesgo exportador que afecta al sistema agroalimentario local.

Gráfico 5. Variación anual en exportaciones de alimentos (% sobre mill. USD).



Fuente: elaboración propia en base a Complejos exportadores (INDEC, 2022).

Aunque se requiere mayor precisión e indagación, a partir de los elementos convocados podemos plantear la hipótesis de una simplificación en nuestro sistema agroalimentario. La noción de reprimarización alude al reemplazo de exportaciones industriales por exportaciones primarias, o bien exportaciones de mayor complejidad por exportaciones de menor complejidad. Cuando lo que se reemplaza no es un bien de origen industrial por uno primario o industrial de menor complejidad, sino un bien primario se deja de producir localmente para concentrarse en otros, no estamos frente a un mero comercio intraindustrial, sino frente a la simplificación del sistema agroindustrial en su conjunto.

Argentina se distingue de otros exportadores de soja en el hecho de que su complejo manufacturero sojero es el más importante del planeta, por lo tanto, la soja argentina no se exporta como producto primario, sino como una manufactura de primer o segundo grado (aceites, pellets y harinas y biocombustibles). Desde la perspectiva del desarrollo esto es un hecho positivo. Sin embargo, genera que la relevancia la complejo sojero y maicero en las exportaciones hagan creer que la economía del país se especializa particularmente en todo tipo de alimentos. Se trata de una confusión ya que, en realidad, estamos importando un conjunto creciente de bienes agrícolas que solíamos producir, en favor de un conjunto de insumos agroindustriales y alimentos en los que nos especializamos.

Conclusiones

La etapa histórica reciente ha traído un regreso de la inflación de precios. Desde el 2019 en adelante, la inflación se ha exacerbado, ya no simplemente como un fenómeno nacional sino de la economía global. La combinación de inflación en las principales economías del mundo y aumento de precios en los alimentos ha generado un escenario donde el fenómeno inflacionario local se ha complejizado fabulosamente, arrojando a millones de trabajadores y trabajadoras debajo de la línea de pobreza, poniendo en riesgo la seguridad alimentaria de millones, incrementando la indigencia y la necesidad de redes comunitarias y de apoyo estatal para poder combatir la creciente emergencia.

Para solucionar la inflación en alimentos que aqueja a los hogares del país, tenemos que primero entender qué la ocasiona. Las formas de producir alimentos han cambiado en el último siglo. El sector productor de alimentos ya no es “primario”, en el sentido original de la definición, ya que no produce localmente la mayoría de los insumos que utiliza. En la actualidad, los precios de los alimentos que producimos localmente tienen un fuerte componente dolarizado, incluso cuando hablamos de alimentos de mesa. Bajo las normas socialmente impuestas de producción se requieren insumos y traslados que son una parte fundamental de los costos finales: el precio de los productos de mesa sigue el costo de los combustibles y los precios de los fertilizantes y agroquímicos.

En este marco, producir localmente y proteger a la producción alimentaria local es una buena idea, porque permite desvincular relativamente el precio interno del precio internacional. Argentina es

espacio nacional especializado crecientemente en producir una cantidad reducida de *commodities* agrícolas que son insumos para la industria y no alimentos. Pero esto está muy lejos de hacer al país un “granero del mundo”: en innumerables ocasiones nuestros productos alimentarios no están en mejores condiciones de competencia que aquellos que se ofrecen en el mercado mundial. Esto lleva a la importación creciente de alimentos de todo tipo. Aunque la cuestión requiere mayor indagación, los datos parecen apuntar a una reducción en la producción local de alimentos y la prioridad de esquemas orientados a la exportación y, por lo tanto, a la creciente ligazón de los precios locales respecto de los mundiales. Importar alimentos agrava los problemas inflacionarios porque multiplica las “correas de transmisión” entre el precio internacional de alimentos y los precios locales. La ausencia de regulaciones que desalienten el sesgo exportador implica refuerza la reestructuración productiva del sistema agroalimentario y favorece su internacionalización, empujando una simplificación en la canasta exportadora de alimentos y, a la vez, un acople de los precios locales a los internacionales.

En el marco de determinaciones de mediano y corto plazo que impulsan al alza los precios mundiales, la inflación alimentaria mundial se vuelve un problema local. Las últimas dos décadas han sido de incremento tendencial y constante y los factores coyunturales agravan el fenómeno de fondo.

El Estado tiene las herramientas para empujar una transformación en la estructura del mercado local de alimentos. Puede hacerlo centralizando el sistema de distribución, favoreciendo los mercados de cercanía, regulando el comercio exterior de alimentos, construyendo fondos anticíclicos que se activen frente al alza desmesurada de determinados productos, favoreciendo la producción cooperativista que abarata costos y pone a los trabajadores y las trabajadoras agrícolas en el lugar de dueños de su trabajo.

El Estado es el principal demandante de alimentos en todo el país: solo nuestro sistema escolar alimenta diariamente a millones de personas en todas las provincias. Esta gran capacidad de traccionar la demanda interna de alimentos es la palanca de Arquímedes para movilizar el sistema agroalimentario local.

Referencias bibliográficas

- Anderson, K. (2010). Globalization's effects on world agricultural trade, 1960–2050. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 365(1554), 3007-3021. Recuperado de <https://doi.org/10.1098/rstb.2010.0131>
- García Bernado, R. (2022). Acesso à comida e injustiça alimentar: *Revista História: Debates e Tendências*, 22(3), 108-128. Recuperado de <https://doi.org/10.5335/hdtv.22n.3.13711>
- INDEC (2022). Complejos exportadores. *Informes técnicos*, 7(39). INDEC. Recuperado de https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/complejos_03_2309E029401F.pdf

- Scheingart, D. (2016), La restricción externa en el largo plazo: Argentina, 1960-2013. *Revista Argentina de Economía Internacional*, 5, (febrero). Recuperado de <https://cancilleria.gob.ar/es/cei/publicaciones/la-restriccion-externa-en-el-largo-plazo-argentina-1960-2013>
- Wainer, A. y Belloni, P. (2019) Exportaciones argentinas desde 1990 a la actualidad. Un crecimiento exportador sin cambio estructural. *Papeles de Trabajo*, 23(13). Recuperado de <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/768/706>
- Wang, J. y Dai, C. (2021). Evolution of Global Food Trade Patterns and Its Implications for Food Security Based on Complex Network Analysis. *Foods*, 10(11), 2657. Recuperado de <https://doi.org/10.3390/foods10112657>